

# Capítulo I

## LA GRAVEDAD

Las grandes ciudades emanan gravedad, igual que los grandes planetas. Uno apenas toma la decisión de venir a la gran ciudad. En la gran ciudad, se cae. Generalmente, de cabeza. Algunos inmigrantes tienen la suerte de poder acercarse a hurtadillas a una u otra metrópolis, palparla desde la distancia igual que se puede palpar Nueva York desde Filadelfia y París desde Zúrich o desde Ámsterdam; pueden aprenderse de memoria su silueta y avanzar despacito con las manos; dejarse caer en ella casi sin dolor por la red salvavidas de sus parientes, amigos y conocidos, películas, libros o lengua. Estos afortunados, antes de aterrizar, cruzan la atmósfera de la ciudad con una escafandra protectora confeccionada con todo aquello que habían oído sobre ella.

Pero para algunos de nosotros, la fuerza de gravedad de estas ciudades llega más allá del océano; a través de nueve montañas y nueve ríos, estas ciudades gigantes extienden como pulpos sus tentáculos succionadores. Y cuando nos dejamos atraer y atrapar por un tentáculo como si fuera un cordón umbilical, de repente nos eleva por una espiral plateada, hacia arriba, lejos... con tal velocidad, que la inevitable caída sobre el trasero solo puede ser amortiguada por el amor a esta ciudad, a este peculiar planeta espinoso.

—

Cada vez que Jindřiška volvía a Manhattan, casi al amanecer, de su última expedición a Brooklyn, tenía la sensación de que trepaba hacia arriba a una velocidad frenética, como hacia el cielo, hacia la isla de Manhattan por la cinta del puente de Brooklyn (que se agita y vibra bajo las ruedas del taxi como los músculos

del lomo de un caballo), y al mismo tiempo caía sobre Manhattan desde una enorme altura por un abrupto tobogán (cuyo temblor penetraba su propia esencia y llenaba a Jindřiška de un dulzor amargo), o que las líneas de fuerza magnética de la isla de Manhattan la atraían como a una bala de acero para que se pegara a su superficie con un tintineo. Después, cuando se acababa el puente y de repente ya *estaba* en la isla, cada vez se sorprendía de no haberse hecho añicos con la caída. En lugar de ello, aterrizaba al pie del puente sin hacer ruido, solo el asfalto murmuraba calladamente bajo los neumáticos, como una marejada. Ante ella, se extendía un embrollo de calles perpendiculares, abierto, conocido y accesible como el plano de su propia cabeza. Casi al amanecer, la corteza cerebral de Jindřiška se desplegaba como un mapa por el asfalto gris y el hormigón, incluyendo los pensamientos, experiencias, recuerdos y esperanzas impresos en ella. Los recuerdos y las experiencias adoptaban la forma de tapones de cerveza hundidos, latas de aluminio aplastadas o cristales pisoteados. Las esperanzas tenían la forma de dardos inversos, que las patas de las palomas introducían en el hormigón mientras aún estaba húmedo.

## Capítulo II

# LA MAÑANA

—¡Un vibrador! —exclamó Gloria autoritariamente y, con un gesto casi metodiano, elevó a lo alto el miembro de plástico—. ¡Tienes que conseguir uno de estos o me volverás loca con todos tus amantes!

Jindřiška, que acababa de entrar por la puerta, registró con el rabillo del ojo el color artificialmente azul del aparato. Quizá si hubiera sido algo más intenso le habría recordado uno de los órganos sexuales de Shiva.

—¿Qué pasa? —preguntó, y bostezó con sinceridad.

—Tus idiotas finalmente te sacarán hasta el último penique. —Gloria, recriminatoria, dirigió el vibrador hacia el contestador automático, en cuya pantalla brillaba el número trece—. Te ha vuelto a llamar tu *marido*...

Puso tal esmero en el desprecio con el que soltó la palabra «*husband*», que el yorkshire del mismo nombre se levantó de su guarida y correteó hacia sus pies.

—*Down, Hubby!* —le gritó Gloria—. Me refería a tu... hombre... desde ayer te está llamando.

Eran las cinco y media de la mañana. Fuera empezaba a hacerse de día. Gloria estaba sentada, envuelta en su largo camisón azul celeste, pasando nerviosamente el vibrador —solo un tono más claro— de una mano a la otra. Tenía la cara hinchada por el sueño y desde su cráneo, afeitado desde hacía poco, se erguían unas cerdas negrísimas hacia todos los puntos cardinales.

—Es principio de mes —añadió y se rascó la mata de pelo con un crujido—, así que me queda claro lo que quiere tu... —miró a Hubby de soslayo— marido.

Jindřiška echó su mochila en una esquina. No contestó. En lugar de eso, se desató las deportivas y las colocó, ordenadas, junto a la pared. La zapatilla izquierda estaba bastante decente, la derecha más o menos cojeaba, puesto que la suela había sido pulida, hasta perder sus contornos, a fuerza de pisar el freno y el acelerador. Jindra se quitó los calcetines, los cogió de la punta y los sacudió, observando cómo desde cada uno caían sobre el parqué un par de billetes sudados de un color esperanzadoramente verde.

Gloria se quedó en silencio para contar mejor.

—¿Y cuánto has hecho hoy, Gin?

Jindřiška renegó y dijo un número.

—¿Qué quieres? Era lunes por la noche...

—¡Lunes por la noche! ¡Lunes por la noche! El lunes por la noche no ganas ni un duro, porque es lunes...

—Bueno, qué quieres...

—...el martes, un cero patatero, porque es martes...

—Bueno, qué le vamos a hacer...

—...y el miércoles vuelves a casa con una mierda, porque es...

—Como si no supieras —suspiró Gin— que las únicas noches sólidas son las del viernes y el sábado. Todos los demás días...

—Pero tú conduces un taxi para *ganar dinero*, ¿o no? Quizá deberías aprender a conducir *más deprisa*, o tienes que ir al aeropuerto y...

—¡Pues tú pasa de la pintura e intenta conducir tú misma! ¿Crees que me interesa?...

—O sea que me aconsejas que pase...

—*Por favor*, ¿no podemos hablar de esto cuando haya dormido un poco? —Jindřiška lanzó una mirada de deseo al colchón en la esquina, bajo la ventana.

—¡Yo soy la que vive en este piso! —aseguró Gloria, con una cadencia ascendente en la voz—. Si no fuera por mí, estarías en cualquier agujero pagando tres veces... no... *cinco veces* lo que pagas aquí. Y tú...

Hubby, en la esquina, se levantó. Ladró en falsete.